

cordia espiritual y corporal, de acuerdo con el espíritu primitivo de la familia Mercedaria: he ahí, mis amados hermanos, cuáles deben ser los resultados inmediatos de vuestra hermandad y de vuestra devoción á María Santísima en su dulce advocación de las Mercedes. Á vuestra fidelidad en el cumplimiento de tan santos deberes reserva la Virgen fidelísima un cúmulo de gracias en la tierra, y el goce de la eterna libertad en la patria bienaventurada. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en Medellín, 1894).

María, reina y dispensadora de la gracia.

Ave, gratia plena... Luc. 1, 28.
Ora pro nobis peccatoribus. Eccl.

1. Ahí tenéis, amados fieles, á la soberana Virgen María en el trono que le ha alzado vuestra devoción, más hermosa y resplandeciente que todas las flores que, frescas y embalsamadas, la rodean: *Rodeábanla, como días de verano, las flores de las rosas*¹. María, flor del cielo, brotada milagrosamente en el erial de la tierra, bella entre todas las flores del Paraíso de delicias, tiene singular complacencia en verse rodeada de toda suerte de flores, pero señaladamente de rosas encendidas y fragantes, mezcladas con los lirios nacidos en los valles. *Fulcite me floribus*². Pero comprended bien, cristianos, el sentido de esta afirmación. Por más

¹ Eccli. 50, 8.

² Cant. 2, 5.

gratos que le sean nuestros obsequios materiales, y la magnificencia del ornato que engalana sus altares, y la profusión de flores que perfuman sus templos, todavía lo son más las fervorosas oraciones y los homenajes de amor y de piedad que le tributan sus amantes hijos, los pobres desterrados del antiguo Edén. Éstas son las flores más bellas á sus ojos. Las rosas de la caridad y los lirios de la pureza forman la más agraciada y vistosa guirnalda que el hombre puede entretejer en obsequio de la gran Reina de los cielos, de la Madre de Dios y de los hombres. Por eso la devoción que se llama del *Rosario*, cuya solemnidad hoy celebramos con brillante aparato, es para María, podemos afirmarlo sin vacilar, la devoción más agradable. Cada salutación que se le dirige, es como un vuelo del corazón que va en busca de la criatura por Dios escogida para ser el instrumento de la mayor de sus obras en el tiempo. Cada súplica que á la salutación se añade, no es otra cosa que un jay! lanzado desde el hondo valle de lágrimas hasta el radiante trono de la poderosa Medianera de la desvalida humanidad. Es, pues, la recitación del Santísimo Rosario de María, un dulcísimo y armonioso concierto, dispuesto para regalar el oído de Aquella que mereció escuchar en el retrete de Nazaret, el *Ave* del celestial mensajero; porque, en hecho de verdad, el rosario es simplemente el eco de la voz de Gabriel cien veces repercutido de valle en valle, de siglo en siglo, del uno al otro confín del universo: *Ave, ave, ave....* Es el cumplimiento exacto de la profecía de la misma Virgen: *Todas las generaciones me aclamarán bienaventurada*¹.

¹ Luc. 1, 48.

2. ¿Quién es, según esto, *la Virgen* que llamamos *del Rosario*? No es otra, amados fieles, que aquella Virgen, así llamada por excelencia: *Missus est angelus Gabriel... ad Virginem*¹, la Virgen de Nazaret, la Virgen de la salutación angélica y, pudiéramos decirlo en frase más gráfica y popular, *la Virgen del Ave-María*. Siendo, pues, éste el fondo de la excelencia y sublimidad del título con que hoy honramos á la Madre de Dios, no puede ser otra la fuente de las alabanzas que hoy debemos tributarle. Todo el panegírico de Nuestra Señora del Rosario saldrá del fondo mismo de la salutación del Ángel seguida de la súplica de la santa Iglesia; y así diremos que María es la Reina de la gracia: «*Gratia plena*»; y, por natural consecuencia, la dispensadora de ella entre los hombres, como principal medianera nuestra delante de Dios: *Ora pro nobis peccatoribus*. Ved ahí, amados oyentes, las dos partes que abrazará mi discurso: él os explicará el porqué de la dulzura, del poder y de la popularidad de la advocación de Nuestra Señora del Rosario en todo el mundo. Nunca como hoy debemos saludarla con más ternura y devoción, diciéndola: *Ave María*.

I.

3. Sí, mis amados oyentes, regocijémonos en el Señor contemplando en la graciosa María la Reina de la gracia. Porque ¿á quién puede mejor corresponderle este título que á aquella que la posee con tal riqueza y abundancia, que su cúmulo forma un inmenso océano, una plenitud de gracia, según la exacta expresión de Gabriel: *Gratia plena*? ¿á quién mejor que á aquella

¹ Luc. I, 26.

de quien, no sólo por la plenitud, sino por la excelencia de la gracia concedida á ella solamente, pudo decirse por especial manera que «Dios estaba con ella»: *Dominus tecum*? ¿Cómo no la hemos de aclamar Reina de la gracia, habiendo recibido ella sola tal sobreabundancia de dones y carismas, cual no se ha derramado jamás por la divina largueza en todas las criaturas juntas¹; y siendo, en fin, la gracia de María de un carácter especial y privativo de la Madre de Jesús, fruto bendito de su vientre: *Benedictus fructus ventris tui*? ¿No os parece que, bien considerados estos cuatro títulos ó prerrogativas de la gracia de la Santísima Virgen, nos dan derecho á apellidarla á boca llena Señora y Reina de la gracia, no siendo otro el significado de la advocación de Nuestra Señora del Rosario? Pues bien, hermanos míos, las consideraciones que vamos á hacer son demasiado llanas y ordinarias en la congregación de los fieles; y, por lo demás, perfectamente apoyadas en la doctrina corriente de los Padres y Doctores de la Iglesia.

4. Oíd al glorioso obispo San Epifanio discurriendo sobre las prerrogativas de la gran Madre de Dios. «La gracia de la Bienaventurada Virgen es inmensa: por eso Gabriel empieza por saludarla con estas palabras: Dios te guarde llena de gracia, cielo resplandeciente adornado de todas las virtudes!»² ¡Qué bello símil, para declararnos la verdad propuesta, el de la luz que llena la inmensidad de los espacios celestes! María es ese cielo esplendoroso, *splendidum cælum*, inundado con toda la plenitud de luz que arroja el astro meridiano. Medid, si podéis, la extensión del firmamento visible:

¹ *Epiphanius*, Orat. de laudib. B. V. Deipar.

² *Ibid.*

toda ella está colmada del fluido luminoso que arroja á treinta millones de leguas de distancia el incandescente globo encendido por la diestra del Altísimo y suspendido en el centro de nuestro sistema como rey de los espacios y regulador de los tiempos. Dilatad más vuestras miradas, y con el auxilio de esos maravillosos instrumentos que el ingenio del sabio ha llegado á construir, podréis formar algún cálculo de esa extensión sideral en que se pierde, como en piélago infinito, la humana fantasía. Pero ¿quién será capaz de medir y calcular esa otra inmensidad del firmamento místico, cuyo centro es el Sol de justicia, Cristo Señor Nuestro¹, y cuyos dominios constituyen el reino de la gracia? Aquí es donde atónita el alma y deslumbrada no acaba de admirar el torrente de luz divina que baña á esa criatura privilegiada á quien la Iglesia, no satisfecha con llamarla cielo, la saluda, por boca del grande obispo San Tarasio, más anchurosa que los cielos, más reluciente que el sol, más resplandeciente que toda la luz de las estrellas: *Ave cælo latior; ave sole splendidior; ave multiplex astrorum nitor*².

5. Y estas expresiones no tienen nada de hiperbólico, cristianos, porque para comprender la grandeza del tesoro de gracias concedido á María, sería menester formar idea adecuada de la Maternidad divina, dignidad superior á todas las dignidades imaginables. Esto nos declara por qué los doctores de la Iglesia no acaban de ensalzar con innumerables voces y variadísimas formas de expresiones la riqueza de la gracia de la Santísima Virgen, comentando el misterioso *Ave* del arcángel. Y es por-

¹ Eccl. in offic. B. M. V.

² S. Tharas., Ep. De praesentat. Deipar.

que, según doctrina recibida de los teólogos y ya bien conocida de los fieles, las gracias se otorgan por el sapientísimo ordenador á la medida de la submilidad de las funciones para cuyo desempeño destina Dios á sus escogidos¹. Es la gracia, en el orden de la actividad sobrenatural, lo que la aptitud ó capacidad del agente en el orden natural de las cosas. La gracia es el talento ó capital de que habla el Evangelio, confiado por el soberano dueño á sus dependientes para negociar los intereses de la eternidad². Ahora bien; si, conforme á esta regla, para que Juan Bautista hubiese de cumplir dignamente su misión de Precursor del Mesías, fué preciso que Cristo lo santificase en el materno seno previniendo la gracia en cierto modo á la naturaleza, pues, antes que nacido de Isabel, fué ya hijo de Dios por adopción el venturoso Juan; ¿cuál no sería la gracia de santificación con que fué prevenida, no ya desde antes de nacer, sino desde el mismo punto de su natural animación, aquella que venía á la tierra para ser infinitamente más que el allanador de los caminos, para ser propia y verdadera madre del Salvador? Aquí tenéis, cristianos, la primera gracia de María, la de su inocencia original, gracia portentosa, no sólo por ser única, sino por su intensidad y grandeza, tal que excedió á la suma de todas las gracias repartidas entre todos los ángeles y santos, según la común opinión de los doctores. Desde este primer instante pueden aplicarse á la Virgen aquellas palabras de los Proverbios: *Multæ filia congregaverunt divitias, tu supergressa es universas*³. *Muchas hijas atesoraron riquezas, pero tú las has*

¹ S. Bern. Sen., Serm. I de S. Ioseph.

² Matth. 25, 15.

³ Prov. 31, 29.

sobrepujado á todas. María fué, á no dudarlo, aquella de quien vaticinó Isaías: *Preparado está el monte de la casa del Señor en la cumbre de todos los montes*¹, significando con esta imagen, según la explicación de San Gregorio Magno, haber recibido la Virgen en el primer instante de su vida mayor copia de gracias que el más elevado de los serafines². Y, si tal fué la gracia de esta Soberana Reina en el primer albor de su existencia, decidme ¿quién podrá formar idea siquiera aproximada de la cantidad casi infinita de las gracias que llegó á poseer en el último momento de una vida de sesenta y tres años, durante la cual no cesó un instante de duplicar la suma de gracias adquiridas en el momento precedente?³ Cálculo tan enorme supera todo cálculo, hasta el de las inmensas distancias interpuestas entre la tierra y las más remotas estrellas, hasta el de la magnitud del universo calculada en millones de millones de leguas. Tan desmedida es la muchedumbre de los grados de gracia adquiridos por María con su incesante cooperación, que literalmente puede entenderse dicho de ella lo que afirma Salomón: *Dios solo ha podido medirla*⁴, ó, como dice San Bernardino de Sena: «Sólo Dios ha podido conocerla.»⁵ Es, finalmente, la gracia de la Reina de los cielos el brillo de todos los astros multiplicado al infinito, que dijo San Tarasio: *Ave multiplex astrorum nitor!*

6. Y, si del número pasamos á contemplar la calidad y perfección de la gracia otorgada á la Santísima

¹ Is. 2, 2.

² Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 5, hom. 7.

³ Vide laud. auct. l. c. ⁴ Eccli. 1, 9.

⁵ *S. Bern. Sen.*, Sermon. 51 de B. Virg.

Virgen, cierto estoy que subirá de punto nuestra admiración. Porque, como bien lo afirmó San Sofronio, insigne obispo: *Invenisti gratiam præ qualibet eximiam... omnium gratiarum splendidissimam*¹; la gracia que halló María delante de Dios, fué una gracia eximia y sobreeminente y más espléndida que cualquier otra de cuantas ha concedido el Todopoderoso á las criaturas, fué una invención, una novedad reservada á ella sola, como dió á entender el Ángel: *Hallaste gracia delante de Dios, porque he aquí* (expresión de novedad) *que concebirás, etc.*² La novedad de la gracia corresponde á la novedad del prodigio que profetizó Jeremías: *Una cosa nueva hizo el Señor en la tierra: la mujer rodeará al varón*³, anunciando claramente la Encarnación del Verbo en el seno virginal. Para suceso tan nuevo y obra tan peregrina de la diestra del Excelso, María, instrumento animado escogido por Dios mismo para realizarlo, necesitaba ser revestida de una gracia no menos rara y excelente, como medio adecuado á la alteza del fin. Porque debéis advertir, amados fieles, que en el apreciar las gracias sobrenaturales, que son una participación por maravillosa manera de la naturaleza divina⁴, debemos distinguir, no sólo el número, sino también el peso y calidad. Hay diversos grados de gracia, como los hay de luz y de calor, como hay diversidad de resplandores en los astros. *Una es la claridad del sol; otra, la de la luna, y otra la de las estrellas*, que dice el Apóstol⁵. Según esto, la gracia de la Madre de Dios es el maximum de la claridad divina reflejada en una pura criatura, es la

¹ L. c. supra.

² Luc. 1, 30. 31.

³ Jer. 31, 22.

⁴ 2 Petr. 1, 4.

⁵ 1 Cor. 15, 41.

gracia anexa á la maternidad inefable, gracia casi infinita, como la dignidad que la acompaña¹.

Si reflexionáis, cristianos, en que el ser constitutivo de la gracia no es otra cosa que un linaje de unión sobrenatural de Dios con la criatura, mediante la cual ésta se eleva á un orden y como esfera divina, donde obra con fuerzas superiores á las de cualquier agente criado, fácilmente comprenderéis en qué consiste la preeminencia de la gracia propia de Nuestra Señora. Su operación es la más divina, así como su unión con Dios la más íntima, fuera de la unión hipostática. Cierto que la alianza del Verbo con la santa humanidad de Cristo es la más perfecta que puede concebirse; pero, excluída ésta, ¿cuál otra más estrecha y apretada que la del mismo Verbo Encarnado con su madre temporal? Dícelo San Dionisio por estas palabras: «Á la plenitud y gracia infinita propia de Cristo, María es quien más se acerca.»² Y Santo Tomás: «La Bienaventurada Virgen María obtuvo tanta plenitud de gracia, como que fué la más cercana y allegada al autor de la gracia, hasta el punto de recibir en sí al mismo Dios.»³

7. De tanta plenitud y excelencia de gracias dimanó la superabundancia de todos los dones y carismas en el alma de la Reina de la gracia. Porque en cualquier acepción que ésta se tome, no hay duda que le conviene con plenitud á María. *Divisiones gratiarum sunt*, dice San Pablo⁴. Hay mucha variedad de gracias

¹ *Andr. Cretens.*, Serm. de dorm. Deipar., apud *Cartagena* l. c.

² *S. Dionys.*, De praed. Virg. cap. 1, art. 8.

³ *S. Thom.*, S. th. 3, q. 9. 27, art. 5.

⁴ 1 Cor. 12, 4 etc.

gratis datas; porque á uno se le da la sabiduría en el hablar, á otro la ciencia de los secretos divinos, á éste la virtud de obrar curaciones, al otro el don de milagros, á aquél el espíritu de profecía, al de más allá el discernimiento de espíritus ó el don de lenguas. Y, siendo así que todos estos dones proceden de un mismo Espíritu, según enseña el citado Apóstol, siendo manifestaciones del Espíritu Santo para utilidad de la Iglesia¹, ¿quién osará dudar de que todos los poseyese aquella que estuvo llena del Espíritu Santo? ¿No bajó á ella este divino y omnipotente Espíritu para obrar el misterio inefable de la Encarnación?² Y ¿creeremos que donde Él estuvo y moró de asiento como en regio tálamo, había de faltar alguno de sus dones? Por lo demás apoyan nuestro pensamiento los testimonios de gravísimos Padres como San Basilio de Seleucia, San Atanasio, San Antonino y muchos otros³. Imposible fuera referirlos textualmente, y más todavía explicarlos por extenso en la estrechez de un discurso. Por otra parte María es la mujer bendita entre todas las criaturas, según las palabras del Ángel, que diariamente traemos en la boca: *Benedicta tu in mulieribus*⁴. Á ella, pues, le convienen aquellas otras dichas de Isaac por el Eclesiástico: *Díble el Señor las bendiciones de todas las gentes*⁵; por cuanto en ella, más exactamente que en el patriarca Abrahán, *fueron bendecidas todas las tribus de la tierra*⁶: luego á María confluieron, como á caudaloso océano, todos los ríos y arroyos de

¹ 1 Cor. 12, 7.

² Luc. 1, 35.

³ Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 5, hom. 5.

⁴ Luc. 1, 28.

⁵ Eccli. 44, 25.

⁶ Gen. 28, 14.